



MEDITERRANEO ECONOMICO

Ciudades, arquitectura y espacio urbano

- Sistemas y morfología
- Arquitectura, sociedad y espacio urbano
- Planificación, derecho urbanístico y participación
- Nuevos retos
- Algunos casos particulares de urbanismo



GEOGRAFÍA Y URBANIZACIÓN EN LAS CIUDADES MEDITERRÁNEAS. MÁLAGA COMO EJEMPLO

Damián Quero Castanys

1. Urbanidad y transgresión

El ideal moderno de las relaciones sociales que se denomina *cosmopolita*, y su figuración en la arquitectura y el urbanismo, han mantenido feliz y sorprendentemente hasta hoy su prestigio. *Cosmopolita* fue una noción fundacional de la modernidad, y se refiere al estilo y a las condiciones de vida en las metrópolis, y, por extensión, a una conformación de los espacios urbanos capaz de predisponer a la sensación de lo impremeditado.

El prestigio renovado del ideal cosmopolita, y de su representación en el espacio, está en que invita a la desobediencia y a la invención del destino propio: propone la experiencia de lo imprevisible, del encuentro o el hallazgo casual, sugiere la sensación de azar en el establecimiento de las relaciones, y por tanto escenifica el ideal de emancipación de reglas sociales coercitivas. Son éstos los principios de la razón moderna que contribuyeron a fundar el ámbito de *lo público* frente al antiguo régimen y a los residuos de la sociedad estamental. Desembarazado el espacio común de las ciudades de la escenografía absolutista y de la representación ritual del orden social, los centros urbanos empezaron a ser en el primer tercio del siglo XX los lugares de múltiples y no preconfigurados encuentros y juegos sociales. La ambigüedad y otros atributos, hasta entonces propios de los márgenes de la cultura, se constituyeron en fundamentos de la nueva sensibilidad estética y de la figuración cosmopolita en el espacio de la ciudad.

Lo cosmopolita nació en los inicios del siglo XX como creación verbal casi marginal, muchas veces ridiculizada y normalmente vinculada a la excentricidad o al elitismo social. Pero estamos próximos a una nueva comprensión del cosmopolitismo, desprendido de sus iniciales connotaciones de universalismo imperial, que se abre al mundo desde lo local, desde la importancia del lugar; un cosmopolitismo “con toma de tierra, que echa raíces en un lugar”, como lo ha descrito ahora Johannes Willms. Esta opción, diferenciada del globalismo, no ignora la importancia que han tenido los márgenes en la construcción del pensamiento y de la sensibilidad estética de la modernidad. Este sentimiento cosmopolita renovado está vinculando, como lo fue en su origen, al ideal de la transgresión de rituales o, más bien, a la elaboración de una subjetividad no ritualizada. Por ello lo cosmopolita reclama del espacio cierta ambigüedad, espacios abiertos a la interpretación, donde el significado central ni sea evidente ni excluyente, donde las gentes puedan anclar y elaborar su fantasía, como reclamó Adorno para el espacio urbano y para la arquitectura.

El espacio común de las ciudades es el escenario donde cada sociedad ha de resolver la tensión entre su identidad colectiva y la emancipación y transformación de los individuos: la ciudad dejaría de ser percibida como urbana si a sus lugares públicos de relación -social o mercantil- se los congelase en la función banal de reiterar simbólicamente el orden social. Ya no hay un orden social que pueda ser propuesto, sentido ni compartido por todos como ideal.

En el urbanismo y la arquitectura tradicionales del Mediterráneo, cuyas formas fueron una vez expresión y representación de un orden social coercitivo, se experimenta sin embargo la sensación de que se ha disuelto y cancelado todo orden jerárquico. Los lugares, los edificios, incluso los espacios monumentales, son vividos ahora, y celebrados, como espacios no rituales, que carecen de un significado central, o mejor, cuyo significado central ha sido transgredido, se ha fundido con lo subjetivo de la experiencia de cada uno, y se ha transformado. Quizá no sea posible una emotiva apropiación de los edificios y de los lugares históricos si no son experimentados en alguna medida como transgresión, como respetuosa e incluso ilustrada insumisión a su significado original.

Por eso, a diferencia de lo que generalmente se opina, la ciudad histórica no es para las gentes la representación de la historia de la ciudad, ni puede ser propuesta como el museo de su pasado. Lo que satisface de los centros históricos es que se han disuelto los códigos de dominación que estuvieron en la concepción original de sus formas construidas: su espacio desobedece ahora al orden simbólico, al pasado y al presente, y juega su propia estrategia; invita al libre juego y a la desobediencia, provoca la sensibilidad. La fantasía y la pasión son experiencias subjetivas, no rituales, que sólo se pueden referir a los lugares donde se ha diluido u olvidado la liturgia de la dominación.

La ciudad tradicional no hubiese adquirido su figura cosmopolita si hubiese permanecido anclada en el orden social que la construyó, como sucedió en España en las décadas de casticismo y dictadura posteriores a la Guerra Civil. Pero tampoco será en adelante objeto de apropiación emotiva si se sustituye su ambigüedad figurativa por el código absolutista de sus nuevos mecenas, estatales o privados. Y esto no es sólo debido al monocorde e inevitable uso comercial impuesto ahora a estaciones, aeropuertos y puertos marítimos. También la burocratizada adscripción de edificios históricos a usos institucionales, representativos, estatales y culturales en general, que vivimos desde hace tiempo, fruto del higienismo social y cultural que impregna frecuentemente las bienintencionadas políticas públicas de regeneración de la ciudad histórica, renuevan el significado ideológico de las formas y distancian los edificios de la imaginación de las gentes.

Los nuevos centros comerciales y recreativos en la ciudad tradicional, e incluso a veces la propia ciudad histórica rehabilitada, y también los grandes enclaves culturales, espacios y equipamientos llamados *de nueva centralidad*, evidencian una notable dificultad figurativa para expresar las condiciones actuales de la sociedad metropolitana. Creo que la causa está en la exhaustiva codificación de sus formas y de su uso, que inhibe el impulso subjetivo. Lo que esos



lugares suelen expresar con despiadada evidencia es la pretensión renovada de determinar el comportamiento de las gentes; una escenografía sin resquicio para la imaginación, que nace de la perentoria exigencia de rendimiento del espacio, sea para fines económicos, de aclamación política o de identificación cultural. Es de nuevo escenografía (*post*) absolutista, sometimiento al orden simbólico. En esta centralidad estratégicamente forzada es difícil escapar de una escenográfica y trivial representación de la potencia empresarial, del poder político o de la superioridad figurativa del mercado.

De la escena urbana va desapareciendo lo ambiguo, los lugares apropiados para el mero ser y estar, que parecen experiencias ya expulsadas de todo código urbano actual. ¿Es que no necesitan nuestras ciudades -es decir, necesitamos nosotros- edificios y espacios para el simple transcurrir del tiempo, lugares para experimentar el mero estar y ser y permanecer? En nuestra urbanística falta un concepto actual de lo ambiguo y lo complejo, del sentimiento del espacio que creó el ágora y los *campi* venecianos, que son formas ajenas, o al menos indiferentes, a cualquier expresión de dominio absoluto.

Cuando la ocupación espontánea por las gentes de los escasos espacios deseados y ociosos que van quedando en nuestras ciudades goza de la simpatía general, se hace especialmente impertinente la monocorde adscripción de los edificios históricos y espacios centrales a usos institucionales, administrativos o comerciales.

¿Por qué no algún edificio monumental para lo impredecible, lo ambiguo, lo que el azar y el transcurso del tiempo vayan decantando?, ¿por qué no destinar lugares, edificados o abiertos, para acontecimientos no programados, para lo excepcional o para lo que el propio lugar vaya requiriendo sin un código de uso preestablecido? Afortunadamente se han iniciado experiencias que podrían tranquilizar a los temerosos de la imprevisión: la regeneración de la bahía y el viejo ámbito industrial portuario de la ciudad de Porto Alegre, en el sur del Brasil, donde se ha dejado al uso espontáneo y al proceso lento de apropiación social la adscripción de destino y uso, aporta un modelo de regeneración del patrimonio urbano basado en el reconocimiento de la dignidad y la madurez de los ciudadanos. ¿Sabrán nuestras administraciones públicas definir con la misma actitud, ilustrada y a la vez respetuosa con la dignidad de las gentes, el destino de nuestros viejos espacios portuarios? ¿O preferirán inclinarse ante el orden mercantil intangible, en su pretensión absolutista de codificar el destino de todo lugar rentable, relegando a los ciudadanos a la función pasiva de aclamadores de sus arquitecturas y consumidores de sus espacios?

Hace muchos años que Málaga vive un proceso convulso y opaco de cambio de destino de su ámbito portuario, donde los ciudadanos son espectadores de incomprensibles juegos administrativos y empresariales. El modelo de Porto Alegre, de momento, parece estar alejado de nuestra condición cívica.

2. Geografía, periferia, arquitectura

La noción urbanística de *forma general* es la condición singular de cada ciudad para hacerse inteligible a quien se adentra o vive en ella, para deparar orientación a quienes la usan. Pero la capacidad de orientación en el espacio de la ciudad, y particularmente en las ciudades mediterráneas, no es sólo ni principalmente una cuestión funcional relacionada con la organización de la circulación y del transporte, sino más bien una cualidad estética: los sentimientos de agrado y la sensación de belleza en la experiencia de un territorio están relacionados con determinadas características del espacio que facilitan a los hombres la operación -racional y a la vez sensible- de representarse mentalmente el territorio, de imaginarlo en su conjunto y ubicarse de modo dinámico en él. La estética y la geografía son los fundamentos de urbanidad del Mediterráneo.

Rafael Sánchez Ferlosio reclama del espacio las cualidades formales necesarias para orientar la conciencia: “El rito ilustra, pauta, delimita, ubica a la conciencia; pone marcas virtuales a lo inaprensible, pone puertas al campo de lo imponderable; lindes, hitos, umbrales, que son índices localizadores, orientadores, relacionadores, que esbozan un horizonte en cada trance, porque lo primero que la conciencia necesita es saber por dónde anda, dónde está”. Y Lévy-Strauss lo explica así: “Perder la identidad significa extraviarse en uno mismo... Hoy podemos ir a todas partes pero cada sitio es ninguna parte. Recobrar la orientación del movimiento... saber en dónde estamos y adónde vamos: quietud, regreso al punto de intersección...”

Cuáles han de ser los elementos y las formas del territorio -su léxico y la sintaxis que ha de unir las piezas- que orienten la conciencia y hagan posible la lectura y la narración de la ciudad: tal ha sido precisamente el trasfondo epistemológico de la práctica y del pensamiento del urbanismo en cada época.

La modernización y ampliación de las redes de autopistas en las periferias, y de los ferrocarriles urbanos, induce estrategias de crecimiento atentas al aprovechamiento inmediato de la accesibilidad, desarrollando nuevas formas de residencia y actividad económica en los suelos puestos en valor. Es incluso habitual que muchas de esas decisiones sobre autopistas o ferrocarriles sean adoptadas con el objetivo preestablecido de revalorizar el suelo. Pero para interesarnos por los resultados de este proceso, dejando de lado sus causas, siquiera sea provisionalmente y por razón de método, hemos de insistir en lo que, precisamente en este momento del desarrollo de las metrópolis, se hace evidente: que la orientación en el territorio y el valor que van adquiriendo los diferentes enclaves no es solo cuestión de transporte.

La compleja imbricación de las formas urbanas con las carreteras tradicionales, con los ferrocarriles suburbanos y con otras singularidades topológicas y elementos geográficos del territorio original, es con frecuencia el fundamento de la forma de las ciudades: un matizado pero emocionante entrelazado de códigos geométricos diferentes, obras públicas y formas naturales, que forman en su conjunto el plano de la ciudad y enriquecen la experiencia de su espacio. La



noción de *urbanidad*, es decir, la condición sensible de los hombres y la capacidad de lectura de la ciudad, parece en principio estar indisolublemente vinculada a la regularidad geométrica... Pero ¿no es precisamente el valor de las singularidades, de las irregularidades, lo que permite experimentar y desarrollar el sentido de la diferencia y anclar en múltiples aristas y formas la fantasía y el reconocimiento de los lugares?

En Málaga, como en tantas ciudades de la ribera mediterránea, la perpetuación de lo geográfico coexiste con lo cambiante, con los acontecimientos y la variedad de piezas urbanas; tal es la peculiar paradoja y el fundamento de la forma urbana, la cualidad que permite mantener y hacer inteligible la complejidad de las ciudades, el principio de una gramática compartida por sus habitantes. Por eso, estas ciudades, como lo explicaba Fernando Savater en referencia a las ciudades griegas, se muestran como el lugar de las sensaciones puras y directas, donde situaciones tan diferentes como un antiguo barrio en la colina, un suburbio alrededor de una estación, al borde de un río o en el fondo de la bahía, se pueden experimentar como arquetipos de la ciudad.

Reconducir, como ahora se hace en la periferia de las grandes ciudades, el amplio léxico de las formas naturales y urbanas a la propuesta monocorde de unir accesibilidad y centralidad sin otra mediación que la arquitectura y la ingeniería, pautar el crecimiento con un patrón repetido, subsidiario y parasitario de la red de autopistas o de transporte urbano, sin atención a la complejidad del territorio es una insoportable regresión de la gramática de la ciudad.

El urbanismo funcionalista del Movimiento Moderno, en su construcción teórica y en sus realizaciones iniciales, no redujo su noción de *forma urbana* a la edificación y a los sistemas de comunicaciones. El plano elaborado por José Luis Sert en 1948 para la nueva ciudad de Chimbote en el Perú, basado en la red de canales incaicos como argumento de forma general, o la planta de la ciudad de Chandigarh proyectada por Le Corbusier, muestran cómo la naturaleza y ciertos elementos caracterizadores de la geografía del sitio se mantenían y se combinaban en los proyectos urbanos con la arquitectura y las infraestructuras. Tal fue la noción moderna de ciudad, y hoy, aún con más decisión, volvemos a experimentar en algunos proyectos para el crecimiento metropolitano cómo las formas de los elementos naturales pueden contribuir, tanto o más decisivamente que las formas de la edificación y de la urbanización, a conferir orden y hacer inteligibles los nuevos territorios urbanos.

Pero a pesar de la inequívoca teorización del Movimiento Moderno y de sus primeras experiencias, la escenificación ochocentista de la naturaleza en la ciudad moderna ha perdurado de modo inexplicable hasta hoy. De modo que las relaciones entre arquitectura y naturaleza se han seguido expresando mediante operaciones de simbolización: introduciendo la naturaleza en intersticios de la ciudad, domesticándola mediante los códigos del paisajismo y de la jardinería.

Sin embargo, ni la codificación geométrica de las leyes de la naturaleza, ni la representación icónica del espacio natural, satisfacen ya suficientemente la fantasía de las gentes. La

experiencia de la naturaleza que convoca la sensibilidad es ahora la de su imagen primigenia. Y ello es así no por una caprichosa regresión bucólica, sino porque la preservación es el modo deseado generalmente de conciliación con la naturaleza, y además la única propuesta tranquilizadora ante la angustia universal que suscita el riesgo, ya evidente, de destrucción de las condiciones de habitabilidad del planeta.

Conviene por ello reflexionar, sin desconsiderar el control cuantitativo y la conveniencia de limitar el crecimiento expansivo y el consumo de suelo, si no sería más adecuada a la sensibilidad estética, y a las preocupaciones ambientales del hombre actual, la intrusión de piezas urbanas y edificios en el territorio rural. Considerar si no sería este modo de construir el hábitat humano el más razonable para reconciliar la racionalidad propia de lo urbano con las condiciones de cada lugar.

3. La misteriosa fundación de las ciudades

Ciertas realizaciones medievales, como los palacios y monasterios en Oriente o en Europa, o los conjuntos arquitectónicos rituales en las culturas precolombinas americanas, ofrecen ejemplos de conciliación entre las condiciones originales de los lugares y las construcciones civilizadoras del territorio. La *fundación*, la más culta manera ensayada por la humanidad para civilizar el territorio, ¿podría volver a ser en adelante el modo y el método normal para adoptar decisiones de urbanización?

452

¿Sería ello, tanto en una consideración estética como sociológica, una regresión, un sometimiento resignado al particularismo estamental, al fraccionamiento social, a la fragmentación y segregación del espacio urbano, o a otras características del espacio absolutista? ¿O podría dar lugar a una nueva figuración del hábitat humano en un planeta en riesgo de alteración severa, llegar a ser la imagen urbana de un cosmopolitanismo renovado?

En la imagen hoy dominante, las imposiciones de codificación exhaustiva, el crecimiento de las ciudades extendiendo sin límite sus propios códigos geométricos, la globalización de un orden pretendidamente racional, el sometimiento del territorio sin resquicio al orden simbólico de un ideal impuesto a todos y la escenografía absolutista y trivial de los nuevos grandes proyectos empresariales son las características de la acción urbanizadora que asfixian la subjetividad y nos devuelven a la moral y a la estética absolutistas.

El arte de la *fundación* consiste en sustituir ruralidad por urbanidad sin cancelar el contexto geográfico: tal pudo haber sido también la peculiar utopía territorial de algunas felices culturas urbanas. La Alhambra de Granada sorprende siempre con la evidencia de un equilibrio -en tensión y emocionante- entre códigos de forma contrapuestos (la vega, la ciudad, la ciudadela, la sierra), donde ninguno anula ni domina al otro, y el resultado estético de su ensamblaje es aún



más estimable que el valor de sus componentes elementales; es la más civilizada forma conocida de diálogo y relación entre arquitectura y naturaleza. Y también lo es la presencia en el centro de Málaga de los montes, que alcanzan el ámbito marítimo portuario por las colinas de Gibralfaro y la Alcazaba, en el enclave natural y a la vez urbanizado y edificado de mejor figura cosmopolita de toda la ciudad.

Málaga, distorsionada y en gran parte destruida por las despiadadas transformaciones y desarrollos de los años sesenta y setenta del siglo XX, sigue mostrando apenas alterados los elementos arquetípicos de su sitio, la dilatada línea litoral que determina lo más evidente de su forma; el borde rotundo y a veces altivo de los montes, contrapunto, en cada lugar, del horizonte marítimo; y las tres hendiduras geográficas de los valles del Guadalmedina, Guadalhorce y Campanillas, que relacionan la ciudad con el traspais litoral y han marcado las formas de su crecimiento.

El lugar de encuentro de la ciudad histórica con el mar sintetiza e hipersimboliza la condición sensible del sitio y de la forma de la ciudad. Reune en un mismo espacio la intrusión de los montes en el centro de la ciudad, la desembocadura del río Guadalmedina y el enclave de fundación de la ciudad. Esta superposición, perpetuada hasta hoy, de las características y elementos geográficos del sitio, del rito fundacional y de otros testigos permanentes del proceso urbano, es el modelo culto, racional y sensible que la ciudad misma nos propone, y que debería aplicarse tanto a la restauración de sus espacios públicos centrales como a la ordenación de sus periferias y del crecimiento.

La sugerente vinculación entre la fundación de las ciudades y la aventura civilizadora nos desvela las relaciones topológicas entre las ciudades y sus sitios, o nos ayuda a restituirlas cuando se han destruido. Los mitos de fundación de las ciudades, que a veces se mantienen vivos desde la antigüedad, yacen siempre olvidados en las profundidades del inconsciente colectivo. Nos interesan particularmente para reconstruir la comprensión del territorio y el pensamiento geográfico, e incluso, instrumentalmente, para orientar de modo civilizado y humano la acción urbanizadora.

Sobre las relaciones entre la ciudad y su sitio, es decir, sobre el paisaje de las ciudades, están montados muchos de los significados de la ciudad como lenguaje y representación cultural humana. Un pensamiento a la vez crítico y práctico sobre el territorio debe jugar con todos los campos significativos de la experiencia. Y para sobrepasar los límites racionales, sin negar ni desconsiderar la razón, es pertinente proponer, como lo han hecho el pensamiento lingüístico y el antropológico, el estudio de los mitos en cuanto narraciones que simbolizan el significado de la experiencia civilizadora y urbanizadora.

Los mitos griegos (como el de los argonautas o los relacionados con Palas Atenea, protectora de las ciudades), y, también frecuentemente, los americanos (como las narraciones de los *heiltsuk* o *bella bella* que estudió Lévy-Strauss en la Columbia británica), permiten conocer el

proceso civilizador y urbanizador en sus contenidos topológicos, no solo geográficos y antropológicos.

Los mitos de fundación dan cuenta de las relaciones topológicas entre *ritos* y *lugares*, y sirven para preservar la memoria, es decir, la continuidad de lo vivido y la cultura. Las etapas en el tiempo deben reconocerse, como se fijan los lugares de un itinerario: los ritos llenan la duración, como los lugares la extensión. El olvido, el fallo de la memoria, que conduce al delirio es debido a la desconsideración de los rituales que dan cuenta de la continuidad de lo vivido. También en el espacio físico de la ciudad, la distorsión o el olvido del sitio, el fallo de la continuidad en la transformación, causan desorientación y predisponen al sentimiento estético de fealdad.

De modo que la ciudad, axiomáticamente racional, no puede alcanzar su condición humana ni expresar su dimensión de lugar civilizado sin convivir con lo sensible, con lo mitológico; mitos y elementos simbólicos son imprescindibles para dar cuenta del proceso civilizador, entrelazado necesariamente con el urbanizador. Ríos, litorales, montes, vaguadas, colinas y otros elementos geográficos arquetípicos, sin cuya presencia no son comprensibles las ciudades mediterráneas, dejarán de informar sobre la fundación y la transformación del lugar si desaparecen o son sustituidos por los códigos geométricos impuestos desde una racionalidad excluyente. La percepción sensible que orientó un día la fundación y la transformación del territorio debe permanecer en la imagen del lugar, como la sintaxis pervive en la evolución de la lengua, y el léxico se modifica sin desaparecer.

4. El punto de vista topológico

En una interpretación cultural, capaz de ampliar el enfoque instrumental, el concepto de estructura (*dispositura*, en el lenguaje de los presocráticos) de un territorio o de una ciudad debería ser suplantado o, mejor, ampliado con otras nociones capaces de atender a las determinaciones y a los elementos geográficos del lugar. Una corriente actual de pensamiento, vinculada al enfoque topológico, trata ahora de elaborar una descripción cultural, con relevancia práctica, del territorio como *paisaje*. Este punto de vista se ha difundido entre los profesionales del urbanismo como un nuevo enfoque, incluso metodológico, para orientar los proyectos. Pero es preciso advertir que una noción renovada del paisaje como gramática del territorio no debe confundirse con el uso y el concepto instrumental tradicional del paisaje como descripción de la mera apariencia. Por eso preferimos llamarlo *paisaje oculto*, porque con ello se trata de desvelar las estructuras significantes de cada sitio, las determinaciones del lugar que se esconden tras la apariencia empírica de las cosas, de modo análogo a como la gramática y la antropología desvelan los significados de cada lengua y cada cultura humanas. El *paisaje oculto* es la estructura de las relaciones entre elementos del territorio, la *dispositura*, el *sitio* de las ciudades.



Ese sitio clásico de nuestras ciudades, que confiere referencias y marcas a la civilización, no puede ser otro que el Mediterráneo, como lo explica Ives Bonnefoy: “País en el que la sensación es tan fácil, tan elemental, tan pura que parece conducir al corazón de las cosas: a un mar eterno, al sol, al viento. En el que la luz ni vela ni se vela. En el que la mirada pretende el conocimiento e impone al espíritu su modo de conocimiento, en el que el olivo sobre el pedregal, o junto al agua es, ciertamente, el arquetipo del olivo”.

O, como lo dice Carlos Martí, “...en la geografía residen, con frecuencia, las razones de fondo que explican el sentido primordial de la fundación de la ciudad. Puede decirse que los elementos geográficos constituyen la raíz etimológica de los hechos urbanos.”

Por eso es precisamente pertinente en urbanismo el enfoque topológico. La topología se ocupa de las propiedades invariables de las figuras geométricas sometidas a transformaciones continuas. Como es sabido, la equivalencia topológica de dos figuras geométricas implica que una se pueda obtener de la otra curvándola o estirándola, sin cortar ni plegar. No es mala analogía para orientar la tarea de los urbanistas en el territorio.

Las transformaciones topológicas del territorio preservan la capacidad de orientación de los hombres -en el espacio y en la duración del tiempo-, conservan el acervo sentimental de quienes han aprendido a sentir la belleza y a conocer el planeta en que vivimos; conservan lo enigmático en la experiencia del espacio, y aseguran la permanencia de los elementos arquetípicos. En suma, se funden las condiciones de sensibilidad y racionalidad en la utilización y transformación del territorio por los hombres.

En Málaga las persistentes diferencias geográficas, que se resisten a la uniformidad hegemónica de lo urbano, conviven, no sin un tenso e inestable equilibrio, con las formas edificadas y las obras públicas, de pretendido valor universal. Ésa es la fuerza figurativa de esta ciudad, su modo peculiar de distanciarse de la sensación de desastre, de rechazar la idea de hecatombe como estilo del orden global, para ser capaz de recrear desde sí misma y desde su memoria geográfica -es decir, clásica- un concepto civilizado de su espacio. Toponímicos que refuerzan la condición sensible del sitio de la ciudad: Campanillas, los Teatinos, Pizarra, Casarabonela... donde el lugar, arquetipo mediterráneo, siempre recuerda a Delfos: equilibrio de orografía, agricultura, urbanidad y memoria del agua; razón y mito.

El territorio de Málaga, como la periferia de tantas otras ciudades, se está transformando ahora con la imposición de los modelos que propone la arquitectura y la ingeniería. El enfoque dominante para nuestras periferias consiste en la discusión monocorde sobre las autovías de circunvalación, las penetraciones y arterias radiales, metros y tranvías, con el acompañamiento estereofónico de la prestigiada implantación de grandes artefactos, bien sean edificios directamente importados con derechos de autor, como hace Córdoba con Koolhaas para su Palacio de Congresos, o bien mediante analogías marinerías e intertextualizando a Gehry, como prefiere

hacer Málaga para el suyo, sin vernos libres de otras opciones cultas o vulgares, pero igualmente enormes, dispersas desde Valencia a Granada y hasta Cádiz.

Falta la geografía, falta atención a la complejidad y a la diversidad de temas que el propio territorio propone. Recuperar el concepto y el modo de la *fundación* es el presupuesto para la regeneración cultural de la urbanización. Es necesario asumir y aprender a manejar los nuevos temas territoriales, y aplicarlos a los planes y proyectos como materiales con los que construir las opciones, o a los que contraponerse sin negarlos ni desconsiderarlos. Los proyectos deben integrar códigos contrapuestos, ruralidad y cosmopolitismo; racionalidad y contingencia; certezas e incertidumbres; lo arquetípico y lo enigmático de cada lugar.

La cuestión central no es, por tanto, el cuánto de transformación territorial sería aceptable, sostenible. El control cuantitativo y la contención son aspiraciones legítimas, pero con sus pretendidos baremos de impacto ambiental para medir los proyectos no ofrecen fundamentos para saber lo que nos conviene, ni por tanto criterios orientadores y legitimadores de las decisiones. Sólo debemos aceptar las transformaciones que conserven la capacidad de narrar los lugares, donde los cambios coexistan con la reiteración, donde sea evidente que los acontecimientos, necesariamente discontinuos, se superponen a una imagen del conjunto, como el cubismo analítico explicó el espacio moderno mediante figuras fragmentarias superpuestas a una imagen única.

La ciudad, necesariamente racional, necesita sin embargo lo sensible, lo complejo. En la convivencia de códigos desiguales, e incluso contrapuestos, se forjan los atributos urbanos más humanos, un paisaje siempre pendiente de ser desvelado, la gramática, la cultura siempre inacabada de cada ciudad.

La necesaria relación de lo construido con la conciencia es el fundamento de la figuración, del sentido de las formas y de la experiencia feliz de su percepción por los hombres. Y eso no es posible sin la permanencia del lugar y de la memoria; requiere confirmar la continuidad de lo vivido, la percepción sensible de la serie de determinaciones que narran la modificación de cada lugar, que dan cuenta del modo con que se ha transformado, del proceso, del transcurrir del tiempo.

La popularización del barroco representa, sobre todo en Andalucía, la destrucción del código de dominación, la disolución de la moral absolutista y la apropiación social de sus formas, arquitectónicas y urbanas, ajenas ya a su significado original. Intervenir con sentido cultural y antropológico en el territorio es proyectar su porvenir con los fragmentos del pasado, conservar y recomponer la memoria del lugar, atrapar el tiempo en las formas y vincularlo a la narración del espacio, para que la duración se haga evidente. Algo a lo que el barroco aspiró desde su visión absolutista del mundo. ¿Hasta qué punto puede recrearse el anhelo estético del barroco sin mimetismo formal, respirando ahora el aire fresco de un renovado sentimiento cosmopolita vinculado a la continuidad del lugar y a la sensibilidad estética de los hombres contemporáneos?



Acepto finalmente hacer lo que habitualmente se reclama y, sin embargo, siempre se rehusa por razones de honestidad intelectual: ofrecer un modelo, una receta útil para la intervención urbanística de políticos y profesionales. Así que acepto por esta vez el requerimiento, y concluyo como inicia Durrell la tetralogía sobre la mediterránea Alejandría: “Los personajes de esta novela, así como el narrador, son ficticios, y nada tienen que ver con ninguna persona viviente. Sólo la ciudad es real”.